



Lo que buscamos es lo que encontramos *What We Look For is What We Find*

Rhoda Unger
Brandeis University

Traducción de:

Silvia García-Dauder
M^a Ángeles Bullones Rodríguez
Universidad Rey Juan Carlos

Resumen

El propósito de este artículo es analizar las conexiones epistemológicas entre las palabras utilizadas por los psicólogos, la forma en que las palabras influyen en la metodología que usamos, y cómo los métodos influyen en nuestras creencias sobre la causalidad y los fenómenos entendidos como "hechos" psicológicos. Estos procesos son considerados en términos de una perspectiva personal e histórica obtenida a través de casi cuarenta años de estudio de la psicología de las mujeres y del género. Este artículo se centra en la historia de la distinción entre "sexo" y "género" y la atención continuada de los investigadores sobre la cuestión de si las diferencias de sexo/género existen. Afirmando que el tema sigue siendo investigado debido a la relativa ausencia de variables socio-estructurales tales como el estatus o el poder en la mayoría del discurso psicológico y en la atención empírica actual de muchas psicólogas feministas en Estados Unidos. También afirmo que la falta de atención hacia la epistemología y hacia la conexión entre política y academia ha llevado a una definición de la psicología de las mujeres y/o del género que ya no atiende a la teoría feminista y a un declive de la academia socialmente activista. Mujeres y varones no pueden ser estudiados de forma aislada de otras construcciones sociales tales como raza/etnicidad, clase social, diversidad sexual, y diferencia cultural. Tal síntesis será difícil sin un retorno a las preocupaciones sobre la epistemología y sobre la generación de preguntas que apenas son abordadas en la psicología feminista estadounidense actual.

Palabras clave: Epistemología; Sexo y género; Diferencias sexuales; Psicología feminista

Abstract

The purpose of this paper is to examine epistemological connections between the words used by psychologists, the way words influence what methodology we use, and how methods influence our beliefs about causality and construct phenomena regarded as psychological "facts." These processes are considered in terms of a personal and historical perspective gained from nearly forty years of studying the psychology of women and gender. This paper focuses the history of the distinction between "sex" and "gender" and the continued attention of researchers to the question of whether sex/gender differences exist. It argues that the issue continues to be researched because of the relative absence of socio-structural variables such as status and power from most psychological discourse and the current empirical focus of many feminist psychologists in the United States. I also argue

that lack of attention to epistemology and to the connection between politics and scholarship has led to a definition of the psychology of women and/or gender that no longer attends to feminist theory and to a decline in socially activist scholarship. Women and men cannot be studied in isolation from other social constructions such as race/ethnicity, social class, sexual diversity, and cultural difference. Such synthesis will be difficult without a return to concerns about epistemology and question generation that are rarely addressed in U. S. feminist psychology today.

Keywords: *Epistemology; Sex and Gender; Sex Differences; Feminist Psychology*

Hace más de treinta años publiqué un artículo titulado “Hacia una redefinición del sexo y el género” [*Toward a redefinition of sex and gender*] (Unger, 1979b). El objetivo principal de este artículo no era cambiar la terminología (aunque por esto llegó a ser conocido), sino desafiar el estudio de lo que entonces se llamaban “diferencias sexuales”. Pensé que las palabras que usábamos influían en las asunciones de los psicólogos acerca de la causalidad de las supuestas diferencias entre mujeres y varones. También pensé que la palabra “sexo” estaba irrevocablemente conectada a las asunciones sobre la causalidad biológica.

El “género” todavía era una palabra extensamente confinada a la lingüística, aunque unos pocos psicólogos habían empezado a usar el término. Ethel Tobach (1971), por ejemplo, puso de manifiesto que las cualidades de masculino y femenino estaban adscritas incluso a objetos inanimados, basándose en el género que les era asignado lingüísticamente. Esta idea, no obstante, no fue recogida por las primeras psicólogas feministas de la segunda ola.

Existían tres ramas principales dentro la academia crítica entre las psicólogas estadounidenses que estaban investigando y formulando teorías sobre la psicología de las mujeres durante principios y mediados de los 70. Estas eran: demostraciones de discriminación sexual tanto en trabajos de laboratorio como de campo; análisis sobre cómo las teorías y métodos sesgados por sexo inducían diferentes comportamientos en mujeres y varones; y discusiones acerca de las maneras en que las diferencias conductuales relacionadas con el sexo eran validadas y explicadas. Las psicólogas que trabajaban en el último tópico estaban especialmente interesadas en demostrar si las supuestas diferencias sexuales eran o bien poco importantes o bien inexistentes. La preocupación acerca del origen de la diferen-

cia vino más tarde. Todos estos temas influyeron en mi decisión de introducir el término “género” en la disciplina como un todo. En un intento por añadir cierta perspectiva histórica, discutiré a continuación cada una de estas cuestiones con detalle.

Demostraciones experimentales sobre la discriminación sexual y las teorías sobre el poder y el estatus

Fui formada como una psicóloga experimental, y estaba (y todavía lo estoy) interesada en las demostraciones empíricas del sexismo en muchos niveles de la sociedad. ¿Cuáles son las claves para tal discriminación? Algunos de mis primeros estudios publicados (Raymond y Unger, 1972; Unger, Raymond, y Levine, 1974) implicaban una serie de experimentos de campo sobre lo que provocaba la discriminación en la vida diaria. Encontramos que tanto las mujeres blancas como los varones negros en comparación con los varones blancos eran discriminados de forma negativa en una variedad de circunstancias diarias, aunque también encontramos que el atuendo (hippie) fuera de la norma superaba al sexo y la raza como estímulo para la discriminación. Estos estudios encajaban bien con estudios previos que demostraron que las aspiraciones vocacionales de las mujeres estaban influidas por el lenguaje sexista presente en los anuncios de ofertas de empleo (Bem y Bem, 1970); que había más probabilidad de que se pitase a mujeres conductoras que a varones conductores cuando estaban paradas “demasiado tiempo” en las intersecciones (Deaux, 1971); y que las mujeres tenían menos probabilidades de ser contratadas como profesoras de universidad en psicología y/o se les daba un rango y salario menor que a los varones con idénticas cualificaciones (Fidell, 1970).

La mayoría de esta temprana investigación era ateórica. Los comienzos teóricos de la psicología de las mujeres fueron en gran me-

didada prestados de la sociología. La teoría sociológica ofrecía un marco para la comprensión de las dinámicas sociales subyacentes sobre los juicios diferenciales de varios grupos. Esto era particularmente importante porque, a diferencia de otros grupos, mujeres y varones formaban parte de las mismas redes relacionales. Pero la integración de factores socio-estructurales era relativamente tardía ya que muchas de las primeras académicas feministas habían sido formadas en la psicología de la personalidad y la psicología clínica (ver, Unger, 2010). Incluso la psicología social había estado separada durante mucho tiempo de la sociología. No fue hasta más tarde que las psicólogas estadounidenses reconocieran las raíces sociales y públicas del sexismo.

Los sociólogos eran más conscientes de los factores socio-estructurales. Pronto exploraron la idea de que el sexo era una forma de estatus adscrito -uno con el que la persona nacía en lugar de adquirirlo (Berger, Cohen, y Zelditch, 1972; Coser, 1966). Los estatus más elevados llevaban consigo las asunciones acerca del mayor poder y privilegio de los varones. Algunas de estas ideas se introdujeron poco a poco en la psicología. Los estudios pioneros de Nancy Henley (1973, 1977) demostraron, por ejemplo, que los varones tenían el "privilegio" de tocar a las mujeres o de invadir su espacio personal sin que las mujeres pudieran hacer lo mismo. Otros estudios pioneros exploraron los mecanismos interpersonales que limitaban el poder de las mujeres. Estos incluían la discriminación negativa hacia mujeres competentes (Hagen y Kahn, 1975) y las diferencias entre mujeres y varones en su elección de estrategias de poder cuando intentaban influir en otros (Johnson, 1976). Investigadores posteriores demostraron experimentalmente que tales opciones relacionadas con el sexo no eran simplemente un reflejo de preferencias diferentes relacionadas con el sexo. Las mujeres que transgredían las normas sociales interrumpiendo a los varones eran vistas como maleducadas y desagradables, aunque tal efecto no era encontrado con interrupciones entre personas del mismo sexo o cuando los varones interrumpían a las mujeres (LaFrance, 1992). Estas mujeres estaban transgrediendo las jerarquías de estatus establecidas. Los sociólogos ya conocían desde hace tiempo que el poder de interrumpir es una marca de estatus (ver, Goffman, 1963).

El nexo de unión entre estatus, poder y género me ha intrigado durante mucho tiempo. Al iniciar mi carrera escribí varias revisiones de la literatura en las que discutía de qué manera la idea del sexo como una variable de estatus podía ser usada para explicar una gran parte de la investigación psicológica sobre mujeres y varones tanto en la infancia como en la adultez (Unger, 1976; 1978). Uno de estos artículos se titulaba "Las políticas del género" ["The politics of gender"]. Su resumen indica el amplio y diverso cuerpo de la literatura que intenté integrar:

Este capítulo argumenta a favor de la posición de que muchas de las diferencias comportamentales entre varones y mujeres se deben a diferencias de estatus y de poder en lugar de a diferencias sexuales. Se sugiere que el género masculino en sí mismo lleva consigo un valor de estímulo que connota alto estatus y poder, que es relativamente independiente de las características que son consideradas apropiadamente masculinas o femeninas. El tratamiento del género con bajo estatus adscrito (i.e. mujeres) es paralelo al tratamiento de otros individuos de bajo estatus bajo todas las condiciones analizadas. Tres aspectos de la literatura psicológica y sociológica son revisados en detalle con referencia a la hipótesis de que las diferencias sexuales pueden ser vistas de forma más sencilla como diferencias de poder: medidas no verbales de dominancia y sumisión; relaciones de poder marido-esposa; y diferencias de género en el comportamiento de grupos pequeños...

Otros puntos destacados con esta revisión sugieren que las diferencias de actuación no eliminan fácilmente las relacionadas con el sexo en el estatus adscrito debido a las diferentes percepciones de ejecuciones competentes según el género. Es más probable que la afirmación de competencia y poder por parte de una mujer la defina como desviada y le haga vulnerable a sanciones sociales. La identidad de género/estatus está institucionalizada por nuestra sociedad. También se sugiere que el rol encubierto de la fuerza física y el tamaño y fuerza diferenciales entre los sexos puede ser infravalorado como una fuente de diferencias comportamentales entre ellos... (Unger, 1978, p. 463).

A pesar del hecho de que el artículo fue presentado en un congreso prestigioso subvencionado por agencias gubernamentales estadounidenses en 1975 (ver la descripción del congreso y sus participantes en Unger, 1998), y fue publicado posteriormente en un libro editado (Sherman y Denmark, 1978), recibió muy poca atención.

Probablemente existen varias razones que explican su falta de impacto. Primero, se basaba en gran medida en la teoría sociológica. La

psicología social en EEUU había estado bastante tiempo desvinculada de sus raíces sociológicas en su búsqueda del rigor científico en forma de experimentación de laboratorio (Danziger, 2000). El estatus y el poder no podían ser manipulados fácilmente en el laboratorio y ciertamente no se prestaban a la aleatorización de la muestra y otros controles. Segundo, los primeros trabajos en la psicología de las mujeres se centraban en variables que podrían ser encontradas dentro de “las cabezas de las personas” más que en las relaciones entre ellas. Gran parte de este trabajo analizaba variables motivacionales tales como “el miedo al éxito” o variables cognitivas tales como atribuciones internas y externas.

La evitación de los mecanismos socioestructurales era particularmente evidente en la falta de predisposición de los psicólogos para estudiar el poder. En un análisis de contenido de la literatura científica encontré, por ejemplo, que los psicólogos tenían mucha más tendencia a prestar atención a la influencia social (la cual puede ser manipulada en el laboratorio) que a cómo las dinámicas de poder funcionan en el mundo real (Unger, 1986). Como discutiré más adelante, esta atención individualista de la psicología feminista estadounidense sigue provocando problemas a la hora de distinguir entre sexo y género.

La crítica hacia la teoría y práctica dominantes y las políticas de género

Las críticas hacia la teoría y práctica dominantes —cuya pionera fue Naomi Weisstein (1968)— fueron en gran medida parte del *Zeitgeist* en los años 70 y comienzos de los 80. Muchas de las psicólogas feministas que estaban realizando este trabajo eran relativamente jóvenes y ocupaban puestos inferiores en la jerarquía de la academia. Muchas eran o bien estudiantes de doctorado o bien profesoras sin contrato. No éramos conscientes del todo de los desafíos profesionales que suponían nuestros intentos por unir ciencia y militancia (Unger, 1982). De hecho, cierto número de las primeras feministas no permanecieron en la academia y, en la medida en que muchas de sus contribuciones se hicieron en forma de presentaciones en conferencias, su trabajo ha escapado en gran parte de la atención de los historiadores.

“Hacia una redefinición del sexo y el género” empezó como una publicación titulada “El redescubrimiento del género” [“*The rediscovery of gender*”] en un simposio que organicé en 1977 para la *Eastern Psychological Association*. El título de este simposio fue “El sexo como una variable estímulo versus el sexo como una variable sujeto” [“*Sex as a stimulus versus sex as a subject variable*”]. Esta no era una idea totalmente nueva. Florence Denmark y yo ya habíamos usado el concepto como un juego de palabras para el título de nuestro manual “La mujer: ¿Una variable dependiente o independiente?” [“*Woman: Dependent or Independent Variable?*”] (Unger y Denmark, 1975). Queríamos poner de manifiesto que el sexo podía ser visto como una propiedad de los individuos o como un estímulo para la conducta de otros. Aunque el lenguaje era positivista y ya no es usado por las feministas hoy en día, entonces formaba parte de un diálogo vivo sobre los sesgos de sexo en la psicología. Muchas de las participantes de este diálogo formaban parte de un grupo de psicólogas feministas situadas en la ciudad de Nueva York y alrededores.

Desafortunadamente, no guardé todas esas presentaciones y soy reacia a citar trabajos que no estén accesibles o que puede que ni siquiera existan ya. Algunos de estos estudios fueron discutidos en el capítulo introductorio de mi texto “Mujeres y varones” [“*Female and Male*”] (Unger, 1979a). Y algunas presentaciones fueron publicadas y todavía se citan en la actualidad. Éstas discutían, respectivamente: la necesidad de reconocer que el sexo es un rasgo importante en la percepción de los otros incluso en breves encuentros impersonales (Grady, 1975/1979; 1981); la forma en que los investigadores usaban diferentes medidas de “la misma conducta” (agresión) en estudios de mujeres y varones (McKenna y Kessler, 1977); y la naturaleza de los grupos de control apropiados para las comparaciones entre los sexos (Parlee, 1981). Este último estudio encontró que los investigadores interesados en temas de salud con frecuencia utilizaban a hermanas como controles para sus hermanos en lugar de hacer comparaciones con mujeres en los mismos roles ocupacionales que los sujetos varones. Estos contrastes implicaban causalidad biológica más que social.

Mi texto utilizaba el término “género” para explorar cuestiones sobre qué es lo que los psicólogos estaban estudiando en realidad cuando analizaban las diferencias sexuales, e incluso por qué estaban haciendo este tipo de investigación. El trabajo fue muy bien recibido y la gente me insistió en que lo publicara. Sin embargo, existían pocas salidas para un trabajo teórico y menos todavía para una crítica abiertamente política. Creo que fue Carolyn Sherif (quien moderaba el simposio) la que me insistió que me dirigiera primero a la publicación más prestigiosa e improbable. Me asombré bastante cuando recibí una carta de “revisión y re-envío” de un editor de la *American Psychologist* (la revista insignia de la *American Psychological Association*) que afirmaba que aunque los revisores habían encontrado buenas ideas en el artículo, también lo habían encontrado “demasiado polémico” y sólo podría ser considerado para publicación “si lo bajaba de tono” (ver Unger, 1998, pp. 92-93 para los tres párrafos finales que eliminé —que discutían el rol del feminismo en la psicología).

¿Por qué es relevante esta historia? Refleja la relación ambivalente que las feministas estadounidenses tenían y continúan teniendo con la psicología dominante. Hemos tenido éxito en utilizar sus herramientas para cuestionar algunos de los aspectos más sexistas de la terminología y la metodología. Menos éxito hemos tenido en influenciar sus fundamentos epistemológicos. En particular, hemos tenido muy poco impacto sobre la historia de amor de la psicología estadounidense con los datos cuantitativos y las implicaciones que tienen las creencias sobre la neutralidad de valor y la objetividad en las conceptualizaciones de los psicólogos sobre la naturaleza de los seres humanos (Unger, 1983).

Todavía tenemos que convencer a los psicólogos (incluso a muchas psicólogas feministas) para que se desplacen desde un diálogo sobre los métodos hacia un diálogo sobre la epistemología. Todavía tenemos que responder a la pregunta de Barbara Wallston (1981) sobre cuáles son las cuestiones importantes para la psicología de las mujeres. A esto es a lo que me refería cuando afirmé que la cuestión de las diferencias sexuales no es una cuestión feminista (Unger, 1979b).

¿Cuáles son entonces nuestras preguntas y cómo las contestamos? En parte, necesitamos

reconocer que es posible hacer investigación feminista sin tratar directamente con el sexo y el género. Yo he intentado hacer esto examinando cómo la ideología implícita influye en la visión que cada uno tiene sobre el mundo (Unger, Draper, y Pendergrass, 1986; Unger, Gareis, y Locher, 2007). En esta investigación hemos encontrado de forma repetida que no existen diferencias sexuales significativas en una medida de epistemología personal que oscila entre las visiones positivistas y las construccionistas sobre cómo funciona el mundo, aunque la epistemología personal sí que influye en cómo la gente percibe el género.

Como ya señalé en 1979, la psicología ha desatendido otras fuentes de diferencia individual distintas al sexo o la raza. En el mundo de hoy, la ideología religiosa es muy importante. Puede o bien interactuar con el género o bien anularlo en actitudes hacia temas sociales y políticos (Unger, 1992; Unger, 2005). No soy la única psicóloga feminista interesada en el rol de las ideologías encubiertas. Por ejemplo, Lauren Duncan (2006) ha estudiado el rol del autoritarismo de derechas en la formación de actitudes hacia la vida familiar y las elecciones de carrera en mujeres jóvenes y de mediana edad.

Aunque las feministas han sido conscientes durante mucho tiempo del rol de la ideología sexista en la influencia del tratamiento de las mujeres, hasta recientemente, la psicología en general no ha mostrado mucho interés por la ideología. Esto está empezando a cambiar, aunque las contribuciones de las psicólogas feministas en esta área siguen sin ser conocidas (ver, Jost, 2006). Aún a pesar de esta falta de atención, las feministas necesitan seguir preguntándose qué promueve las visiones biológicamente esencialistas sobre mujeres y valores y cómo dichas visiones están ligadas al apoyo de la desigualdad y la injusticia social (ver Jost y Hunyady, 2005 para una excelente discusión sobre los correlatos actitudinales y conductuales de varias ideologías justificadoras del sistema).

La ideología también influye en cuándo y cómo los mensajes sobre la diferencia son transmitidos y cómo influyen en nuestras creencias. Necesitamos más estudios como el reciente estudio que documentaba una correlación entre la ideología políticamente conservadora de los periódicos y el número de

narraciones biológicamente esencialistas sobre diferencias sexuales que dichas fuentes publicaban (Brescoll y LaFrance, 2004). Más preocupante, este estudio encontró también que las explicaciones biológicas de las diferencias sexuales influían en la subsecuente adherencia de los estudiantes a estereotipos de género y su creencia de que la conducta humana no puede ser cambiada.

Esta investigación muestra cómo los estudios de laboratorio pueden ser de ayuda. Se han realizado importantes investigaciones de este tipo sobre los mecanismos a través de los cuales se construye el género. Aunque muchas feministas han discutido la idea del género como *performance*, la mayor parte del trabajo sobre los mecanismos de la construcción social se ha realizado por personas que no se identifican a sí mismas como psicólogas feministas. Quizá eso es debido a que los aspectos de estímulo del sexo y otras claves tales como raza/etnicidad parecen implicar mecanismos socio-cognitivos similares. Las feministas pueden tener dificultad en reconocer esta conexión si centran sus estudios sólo en mujeres y varones.

Desde la primera edición de nuestro manual (Unger y Crawford, 1992), siempre hemos dedicado un primer capítulo titulado “Haciendo género” [“Doing Gender”] a la investigación empírica sobre el poder, a los aspectos de estímulo del sexo, y a la construcción social del género. La mayor parte de este trabajo trata del estatus y el poder así como del sexo y el género. Estos procesos sociales incluyen estudios de género como una profecía autocumplida. Uno de estos estudios demostraba, por ejemplo, que los individuos que eran etiquetados por el experimentador o bien como “hombres” o bien como “mujeres” pueden terminar comportándose en formas estereotipadas de género, independientemente de su sexo. Estos estudios, por supuesto, requieren que las personas implicadas se comuniquen a través del ordenador, pero claves sutiles sobre el sexo atribuido son suficientes para cambiar el comportamiento de la persona objetivo sin que tuviera conocimiento de que su sexo atribuido había sido manipulado por el experimentador. Estos estudios demuestran que el género es “performado” en reacción a las conductas de la persona con la que un individuo está interactuando (Skrypnik y Snyder, 1982).

Más recientemente, los investigadores se han centrado en el trabajo sobre el área conocida como “la amenaza del estereotipo”. Un número de estudios bien diseñados ha demostrado que miembros de grupos marginalizados tales como mujeres o afroamericanos muestran disminuciones en sus ejecuciones cuando están expuestos a información que señala la inferioridad de su grupo en el dominio estudiado (Steele, 1997). Y, aunque parece más probable que estos procesos afecten a miembros de grupos marginalizados con menos poder social, es llamativo que las ejecuciones de los varones blancos en pruebas difíciles de matemáticas también sean más pobres cuando son expuestos de antemano a información que dice que los varones asiáticos son superiores a ellos en dichas pruebas (Aronson, Lustina, Good, Keough, Steele, y Brown, 1999). Aunque las diferencias de poder determinan cuáles son los grupos que usualmente son objeto de la amenaza del estereotipo, no existen diferencias específicas ni de género ni de raza en cómo estos mecanismos psicosociales influyen en la conducta.

El problema de las diferencias sexuales

A pesar de las críticas epistemológicas y metodológicas, la psicología estadounidense todavía no ha resuelto el problema de qué hacer con las diferencias sexuales. Esta ha sido un área de preocupación desde los primeros días de la segunda ola del feminismo. De hecho, las psicólogas feministas de la primera ola también abordaron el tema. Stephanie Shields (1975a y 1975b) nos ha proporcionado artículos bien documentados e incisivos sobre la historia de la investigación en diferencias sexuales por parte de la primera ola de psicólogas feministas. A pesar de sus intensivos, exhaustivos y exitosos estudios para refutar hipótesis que supuestamente demostraban la superioridad de los varones, no consiguieron cambiar el marco de referencia. En cuanto sus investigaciones falsaban alguna particular teoría determinista biológica de las diferencias sexuales, los investigadores varones simplemente se desplazaban hacia otro dominio.

Un esfuerzo exhaustivo similar para probar la validez de las diferencias sexuales en una variedad de áreas durante los primeros años de la segunda ola del feminismo (Maccoby y Jacklin, 1974) se encontró también con el mismo destino. A pesar de su demostración de que las diferencias sexuales eran inconsisten-

tes o inexistentes en la mayoría de los dominios psicológicos, los manuales de psicología informaban extensamente sólo de esas cuatro áreas en las que los investigadores concluían que habían encontrado diferencias sexuales.

Las feministas de la segunda ola han dedicado más de treinta años en desacreditar la idea de que mujeres y varones son esencialmente diferentes y en demostrar que las semejanzas sexuales son más importantes que las diferencias (ver Hyde, 2005; Eagly y Diekman, 2006; y Barnett y Rivers, 2004 para trabajos importantes recientes en el área). Sin embargo, incluso cuando el trabajo estaba escrito de forma atractiva por una periodista y psicóloga social reconocida y con buenos contactos en los medios (Tavris, 1992), su libro titulado “La falsa medida de las mujeres” [“*The Mismeasure of Women*”] nunca consiguió el estatus de *best-seller* que otros relatos anecdóticos que afirman que los sexos vienen de diferentes planetas reciben de forma repetida.

La cuestión de las diferencias sexuales no es una cuestión feminista. Tampoco es una cuestión que pueda ser resuelta. Y esto es así porque es una cuestión más epistemológica que empírica. En 1979 enumeré algunas de las razones de por qué aquellas personas que nos interesamos en el género no deberíamos preocuparnos por las diferencias sexuales:

Las preguntas acerca de las diferencias entre los sexos son las preguntas de otro -en sí mismas no ilustran los mecanismos por los cuales se crean tales diferencias. De hecho, pueden oscurecer el origen de tales diferencias al hacernos creer que las explicaciones biológicas son suficientes para comprender estas conductas. También es importante recordar que los determinantes biológicos que son utilizados para distinguir entre grupos son elegidos por razones diferentes a las objetivas y científicas.

No puede probarse la hipótesis nula y, en todo caso, el argumento simplemente se desplazará hacia otro fenómeno.

El análisis de las diferencias entre los sexos oscurece el análisis de las semejanzas entre ellos. Las semejanzas sexuales no son tan llamativas y son menos probables de ser publicadas que las diferencias. El hecho de que los sexos sean semejantes en muchos más aspectos de lo que son diferentes no se considera una noticia psicológica extraordinaria.

Los análisis basados en las diferencias sexuales tienden a implicar una visión psicológica basada en los rasgos que oscurece los determinantes situacionales de la conducta. Bajo muchas condiciones, las constricciones de la situación tienden a desempeñar un rol mayor en determinar la con-

ducta de un individuo en ese contexto de lo que lo hacen las características psicológicas que el individuo lleva a esa situación.

Los estudios sobre diferencias sexuales no analizan conductas en las cuales el porcentaje sea prácticamente cero para uno de los sexos. Y así no encontramos estudios de diferencias sexuales en violación. Y, hasta recientemente, no se habían hecho comparaciones de ciclos periódicos entre varones y mujeres. En este sentido, por tanto, los estudios se concentran en aquellas áreas en las que varones y mujeres son menos diferentes (Unger, 1979b, pp. 1089 - 1090).

A pesar de estas cuestiones sin resolver, muchas psicólogas feministas continúan haciendo tales estudios. Tanto revistas dominantes como revistas feministas (*American Psychologist* y *Feminism & Psychology*) publican diálogos sobre el tema con un igual número de psicólogas feministas apoyando cada lado de la discusión (ver, Eagly, 1995; Kitzinger, 1994).

¿La introducción del término “género” ha cambiado la psicología?

Por supuesto, se pueden hacer objeciones similares al análisis de las diferencias de género. Y existen razones para creer que lo único que ha cambiado son las palabras. David Haig (2004) ha documentado el incremento del uso del término “género” en las revistas psicológicas comenzando aproximadamente en 1980, mientras que el uso del término “sexo” ha permanecido igual o ha disminuido. Sin embargo, también encontró que la diferenciación entre los términos seguía siendo vaga. En ocasiones, una incluso se encuentra con estudios de animales que indican su género. Quizá el ejemplo más irónico de confusión terminológica es el de la revista “*Sex Roles*” que mantiene su nombre, pero obliga a los autores a usar la palabra “género” en sus artículos (Chrisler, 2007). No es sorprendente, por tanto, que los estudiantes estén confundidos también. Cuando se les preguntó por la distinción sexo/género recientemente, muchos estudiantes estaban perplejos y creían que “sexo” era una palabra pasada de moda para hablar de “género” (Capdevila, 2007).

Parte del problema es que la psicología feminista todavía no ha llegado a asumir las asunciones epistemológicas inducidas por las palabras que usamos. Por ejemplo, no podemos estar de acuerdo en lo que subyace tanto al sexo como al género (ver Deaux, 1993; Unger y Crawford, 1993). Estos argumentos han devenido incluso más complicados si considera-

mos las propiedades de las personas lesbianas, gay, bisexuales y transgénero (Smith, Johnson-Robledo, McHugh, y Chrisler, 2010). Estábamos familiarizadas con “hacer el género” desde hacía mucho tiempo (ver, West y Zimmerman, 1987), pero todavía no nos hemos acostumbrado a la miriada de formas en las que los individuos pueden “hacer el sexo”.

Un breve análisis de los debates actuales

La mayor parte del trabajo que he discutido en este artículo deriva de lo que con frecuencia se denomina “empirismo feminista”. Esto se debe parcialmente a que las psicólogas feministas mantienen un diálogo con una rama dominante que sigue comprometida con el “rigor” científico. Si las psicólogas feministas queremos cambiar la disciplina deberíamos implicarnos con su lenguaje y conceptos mientras continuamos manteniendo una visión crítica de ambos.

Pero la psicología feminista también está influida por el posmodernismo con su énfasis en la construcción social de la realidad, así como en la naturaleza política de esa realidad. Meredith Kimball ha señalado repetidamente que las diferencias y las semejanzas sexuales no son una dicotomía sino una contradicción necesaria:

Con esto, quiero decir que no existe una única respuesta a si las semejanzas o diferencias sexuales son más verdaderas o rigurosas incluso dentro de una misma área - por ejemplo, la violencia interpersonal. El contexto es siempre importante. Algunas construcciones generarán semejanzas de género y otras generarán diferencias de género. Lo que es importante es que siempre prestemos atención al contexto y a ver cómo los cambios en el contexto desafían nuestros conocimientos previos (Kimball, 2007, pp. 456 - 457).

Estas ideas desafían las ideas tradicionales dominantes sobre las leyes universales del comportamiento. También difuminan la distinción entre el estudio de lo individual y el estudio del mundo social. Es llamativo que Kimball, a diferencia de la mayoría de los psicólogos, haya elegido centrarse tanto en los individuos como en los grupos en su larga carrera (c.f., Kimball, 1995).

Abigail Stewart es otra psicóloga feminista que ha sido influida por el posmodernismo y que también se ha centrado tanto en las fuerzas individuales como en las sociales que in-

fluyen en la conducta colectiva. Una de sus contribuciones recientes más importantes al diálogo sobre sexo y género es redefinir el género como un fenómeno político, en lugar de como una propiedad de o bien los individuos o bien las interacciones sociales (Stewart y McDermott, 2004). En esta definición, el género es una parte fundamental de la estructura social que controla el comportamiento individual. Desgraciadamente, en la mayoría de las discusiones feministas del género como una propiedad de los individuos se ha prestado muy poca atención a este tipo de definición del género.

Pero el posmodernismo también genera problemas y cuestiones sin resolver. El lenguaje y la metáfora no explican completamente las realidades humanas y pueden llevarnos cada vez más lejos de las experiencias vividas. La experiencia vivida implica no sólo la interpretación de la realidad por parte del individuo sino también la respuesta de la realidad hacia él o ella (como manifestada en la conducta de los otros).

Los comportamientos diferenciadores de género tienen consecuencias en el mundo real que no pueden ser ignoradas. La academia utiliza palabras, pero no sólo es sobre palabras. Problemas tales como la violencia, la desigualdad, y la injusticia social no desaparecen simplemente porque comprendamos su naturaleza socialmente construida. Las cuestiones feministas deben ser analizadas en términos de qué impacto tienen sobre la realidad, incluso si discutimos acerca de si existe o no esa cosa llamada realidad.

Academia y cambio social

Algunas académicas activistas que buscan un cambio social significativo no forman parte de los diálogos sobre la epistemología y la naturaleza de la realidad. Han trabajado sobre problemas que abordan la educación de mujeres encarceladas (Torre y Fine, 2005); las implicaciones sexuales de la tortura (Zurbruggen, 2005); y el impacto de las desigualdades basadas en la clase social (Lott y Bullock, 2007). Otras psicólogas feministas que han contribuido en gran medida a la teoría se han desplazado a trabajos más aplicados. Esto incluye trabajos sobre violencia contra las mujeres (Barata y Senn, 2003) y sobre cómo llevar a más mujeres a los campos de la ciencia y la ingeniería (Settles, Cortina, Malley, y

Stewart, 2006). Una preocupante limitación de la psicología feminista en los Estados Unidos es su falta de reconocimiento a la investigación aplicada. Este trabajo no es citado con frecuencia en los manuales sobre la psicología de las mujeres como parte integral del campo.

Es importante comprender las políticas de la psicología así como las políticas de género. El tema de cómo generar hipótesis de cara a preguntarnos sobre cuestiones significativas no ha sido resuelto todavía. La crítica feminista ha cambiado su objetivo con el tiempo: del lenguaje que usamos para definir nuestros conceptos; a los métodos que utilizamos para crearlos; a las ideologías encubiertas que nos llevan a creer que algunas formas de mirar la realidad son más verdaderas que otras. Pero un examen hacia incluso las revistas feministas muestra un cambio metodológico muy pequeño, aunque las poblaciones estudiadas han llegado a ser más diversas y algunos estudios son más aplicados. Muchas investigadoras continúan usando métodos que son fáciles de operativizar y no se cuestionan cómo y por qué están usando esos métodos en particular. Esto no es un problema nuevo. Martha Mednick (1989) escribió elocuentemente acerca del “efecto de subirse al carro” y la tendencia a reproducir la investigación que usa solo los constructos más populares sin cuestionarlos.

Parte del problema es lo fácilmente que olvidamos nuestra historia. Esta negligencia se favorece mediante breves introducciones a artículos en revistas que se centran sólo en la investigación más relevante y reciente. Esto conduce a un montón de medidas que parecen diferir poco de las anteriores y parecen ser “barridos” más que avances conceptuales. Pero otra parte del problema es que el campo parece haber perdido la pasión que nos condujo a muchas de nosotras. Una encuentra pocos artículos con la pasión (y el humor) presentes en el trabajo de algunas de nuestras pioneras (ver, Sherif, 1979). ¿Es esto lo que ocurre cuando separamos nuestro academicismo de nuestra militancia para el cambio social?

Conclusiones

Si alguien me preguntara hoy, probablemente definiría tanto el sexo como el género como constructos sociales y argumentaría que cual-

quier sustrato biológico es irrelevante para aquellos que están interesados en la realidad psicológica. La biología puede influir en cómo los individuos se ven a sí mismos, a quién atraen como compañeros sexuales, y cómo se comportan bajo ciertas condiciones, pero es la respuesta de los otros lo que mantiene un sistema de sexo/género.

Lo que sabemos hoy en día es que los seres humanos son muy complicados y que la simple dicotomía de varones y mujeres no funciona. Ni tampoco lo hacen las simples dicotomías entre sexo y género. Como tantas otras de las supuestas dicotomías, el debate entre trabajar desde dentro y trabajar desde fuera del academicismo dominante también parece ser una falsa dicotomía. Necesitamos reconocer los límites de lo que implica hacer cada una de manera independiente. Trabajar desde dentro puede conducir a la cooptación y trabajar desde fuera puede llevar a la marginalización (Michelle Fine, comunicación personal, Mayo 21, 2007).

Tenemos un pasado y un presente ricos, pero ¿qué está en el futuro de la psicología feminista? Las psicólogas feministas estadounidenses no pueden estar satisfechas. Cada vez menos mujeres están dispuestas a identificarse con el término “feminista” aunque estén de acuerdo con la mayoría de sus posturas (Zucker, 2004). Muchas creen que todos los problemas de las desigualdades de género han sido resueltos y /o atañen a explicaciones individuales más que a explicaciones sociales y culturales de la injusticia social. ¿De dónde vendrá la nueva generación de académicas feministas?

Hay ahora muchas más mujeres psicólogas que cuando yo me doctoré en 1966. Si una mira a la expansión de las revistas sobre psicología de las mujeres, hay también más gente realizando investigaciones en esta área. No estoy segura de cuántas de estas investigadoras más jóvenes se caracterizarían a sí mismas como feministas, ni tampoco tengo claro qué querrían decir si lo hicieran. La generación de feministas en la academia está envejeciendo y cuando feministas reconocidas abandonan sus posiciones, éstas no son siempre sustituidas por otra feminista. ¿Quién tutorizará y formará a la siguiente generación?

Muchas instituciones académicas han cambiado el título de sus programas de estudios de

las mujeres a estudios de género. Aunque algunas sostienen que la psicología del género es más inclusiva, también es menos abiertamente política (LaFrance, Paluck, y Bescoll, 2004). Los manuales en esta área tienen también más tendencia a mirar las diferencias entre los sexos que los textos sobre psicología de las mujeres (Unger, 2004). Aunque conocemos el poder de las palabras, muy pocos de los manuales en esta área incluyen argumentos feministas.

Muy pocos de los manuales de psicología de las mujeres y del género abordan la distinción conceptual entre el sexo y el género o lo utilizan solo para negar que esta distinción sea significativa hoy en día. Estoy de acuerdo en que probablemente no lo es. Quizá podríamos/deberíamos haber predicho la actual confusión entre sexo y género a partir de la ausencia de teoría feminista en la mayor parte del discurso presente.

Para no terminar con un tono pesimista, hay algunos desarrollos prometedores. Algunas teóricas se han preocupado sobre las diferencias entre las mujeres en lugar de las diferencias entre mujeres y varones. El concepto de "interseccionalidad" es particularmente prometedor porque incorpora las perspectivas de las psicólogas feministas negras y blancas (ver, Cole, 2009; Shields, 2008). Propone que la identidad individual es fluida y varía en función de si el género, la raza, o la clase es más saliente en un determinado momento. Esta teoría introduce el sistema social dentro del individual y es verdaderamente menos reduccionista que la mayoría de las teorías psicológicas. Esta teoría también introduce factores culturales y puede reducir la influencia hegemónica de la academia basada principalmente en la literatura profesional del mundo anglófono.

Las investigaciones cualitativas, narrativas y de otros tipos, son más populares fuera de los Estados Unidos que dentro. Ha habido, no obstante, unos cuantos intentos de reconciliar estas perspectivas con creencias acerca de la objetividad de los métodos cuantitativos y de la validez de los experimentos de laboratorio. Cuando las académicas feministas ignoran las demandas dominantes se exponen a sí mismas a múltiples acusaciones de desviación. Además de la todavía práctica problemática de centrarse en las mujeres (lo que puede ser una de las razones por las que el estudio de

las diferencias de género es todavía tan popular hoy en día), están sujetas a acusaciones de violar las normas científicas de neutralidad de valor, así como sospechas acerca de la objetividad de sus métodos. Michelle Fine (2006) abordó este último tema en un borrador de un texto sobre métodos ficticios. Analizó cuestiones de objetividad y subjetividad, historia y psicología, relaciones entre unidades de análisis, validez experta y de constructo, y la siempre problemática cuestión de la generalización. Es destacable que Fine se inspiró en psicólogas negras y de la liberación así como en feministas. Es también destacable que este ensayo no fuera publicado en una revista feminista.

La teoría feminista necesita ser puesta en práctica. Necesita ser escrutada. La cuestión feminista básica es: ¿para quiénes estamos haciendo este trabajo y por qué? En el mejor de los casos, puede cambiar el mundo así como influir en nuestras comunidades académicas. Si tenemos suerte, puede agitar nuestras pasiones. Pero está claro que necesitamos generar las "preguntas correctas", porque si nos preguntamos las incorrectas, aquellos que deseen mantener el statu quo no tendrán que preocuparse por nuestras respuestas.

Referencias

- Aronson, Joshua; Lustina, Michael J.; Good, Catherine; Keough, Kelli; Steele, Claude M. y Brown, Joseph (1999). White men can't do math: Necessary and sufficient factors in stereotype threat. *Journal of Experimental Social Psychology*, 35, 29-46.
- Barata, Paula y Senn, Charlene Y. (2003). When two fields collide: An Examination of the assumptions of social science research and law within the domain of domestic violence. *Trauma, Violence, & Abuse*, 4, 3-21.
- Barnett, Rosalind y Rivers, Caryl (2004). *Same difference: How gender myths are hurting our relationships, our children, and our jobs*. New York: Basic Books.
- Bem, Sandra L. y Bem, Daryl J. (1970). Training the woman to know her place: The power of a nonconscious ideology. En Daryl J. Bem (Ed.), *Beliefs, attitudes, and human affairs*. Belmont, CA: Brooks/Cole.
- Berger, Joseph; Cohen, Bernard P. y Zelditch, Morris Jr. (1972). Status characteristics and social interaction. *American Sociological Review*, 37, 241-255.

- Brescoll, Victoria y LaFrance, Marianne (2004). The correlates and consequences of newspaper reports of research on sex differences. *Psychological Science*, 15, 515-520.
- Capdevila, Rose (2007). Redefinition reviewed; What "Toward a redefinition of sex and gender" can offer today. *Feminism & Psychology*, 17, 465-469.
- Chrisler, Joan C. (2007). The subtleties of meaning: Still arguing after all these years. *Feminism & Psychology*, 17, 442-446.
- Cole, Elizabeth (2009). Intersectionality and research in psychology. *American Psychologist*, 64(3), 170-180.
- Coser, Rose L. (1966). Role distance, sociological ambivalence and transnational status systems. *American Journal of Sociology*, 72, 173-197.
- Danziger, Kurt (2000). Making social psychology experimental: A conceptual history, 1920-1970. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 36, 329-347.
- Deaux, Kay (1971). Honking at the intersection: A replication and extension. *Journal of Social Psychology*, 84, 159-160.
- Deaux, Kay (1993). Sorry, wrong number—a reply to Gentile's call. *Psychological Science*, 4, 125-126.
- Duncan, Lauren E. (2006). What feminist and political psychology can say to each other: The case of authoritarianism. *Feminism & Psychology*, 16, 58-64.
- Eagly, Alice H. (1995). The science and politics of comparing women and men. *American Psychologist*, 50, 145-158.
- Eagly, Alice H. y Diekmann, Amanda B. (2006). Examining gender gaps in sociopolitical attitudes: It's not Mars and Venus. *Feminism & Psychology*, 16, 26-34.
- Fidell, Linda S. (1970). Empirical verification of sex discrimination in hiring practices in psychology. *American Psychologist*, 25, 1094-1098.
- Fine, Michelle (2006). Bearing witness: Methods for researching oppression and resistance—A textbook for critical research. *Social Justice Research*, 19, 83-108.
- Goffman, Erving (1963). *Stigma*. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall.
- Grady, Kathleen E. (1975/1979). Androgyny reconsidered. (Paper presented at the meeting of the Eastern Psychological Association, New York City). En Juanita H. Williams (Ed.), *Psychology of women: Selected readings* (pp. 172-177) NY: Norton.
- Grady, Kathleen E. (1981). Sex bias in research design. *Psychology of Women Quarterly*, 5, 628-636.
- Hagen, Randi I. y Kahn, Arnold S. (1975). Discrimination against competent women. *Journal of Applied Social Psychology*, 5, 362-376.
- Haig, David (2004). The inexorable rise of gender and the decline of sex: Social change in academic titles, 1945-2001. *Archives of Sexual Behavior*, 33, 87-96.
- Henley, Nancy M. (1973). Status and sex: Some touching observations. *Bulletin of the Psychonomic Society*, 3, 91-93.
- Henley, Nancy M. (1977). *Body politics: Power, sex, and nonverbal communication*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Hyde, Janet S. (2005). The gender similarities hypothesis. *American Psychologist*, 60, 581-592.
- Johnson, Paula (1976). Women and power: Toward a theory of effectiveness. *Journal of Social Issues*, 32, 99-110.
- Jost, John T. (2006). The end of the end of ideology. *American Psychologist*, 61, 651-670.
- Jost, John T. y Hunyady, Orsolya (2005). Antecedents and consequences of system justifying ideologies. *Current Directions in Psychological Science*, 14, 260-265.
- Kimball, Meredith M. (1995). *Feminist visions of gender similarities and differences*. Binghamton, NY: Haworth.
- Kimball, Meredith M. (2007). Adding gender to the mix: A commentary on "Toward a redefinition of sex and gender." *Feminism y Psychology*, 17, 453-458.
- Kitzinger, Celia (1994). Should psychologists study sex differences? Editor's introduction, Sex differences research: Feminist perspectives. *Feminism & Psychology*, 4, 501-506.
- LaFrance, Marianne (1992). Gender and interruptions: Individual infractions or violations of the social order?. *Psychology of Women Quarterly*, 16, 497-512.
- LaFrance, Marianne; Paluck, Elizabeth L. y Bescoll, Victoria (2004). Sex changes: A Current perspective on the psychology of gender. En Alice H. Eagly, Anne E. Beall, y Robert J. Sternberg, (Eds.). *The psychology of gender* (pp. 328-344). NY: Guilford Press.
- Lott, Bernice y Bullock, Heather E. (2007). *Psychology and economic injustice: Personal, professional, and political intersections*. Washington, D.C.: American Psychological Association.

- Maccoby, Eleanor E. y Jacklin, Carol N. (1974). *The psychology of sex differences*. Palo Alto, CA: Stanford University Press.
- McKenna, Wendy y Kessler, Suzanne J. (1977). Experimental design as a source of sex bias in social psychology. *Sex Roles*, 3, 117-128.
- Mednick, Martha T. S. (1989). On the politics of psychological constructs: Stop the bandwagon, I want to get off. *American Psychologist*, 44, 1118-1123.
- Parlee, Mary B. (1981). Appropriate control groups in feminist research. *Psychology of Women Quarterly*, 5, 637-644.
- Raymond, Beth J. y Unger, Rhoda K. (1972). "The apparel oft proclaims the man": Cooperation with deviant and conventional youths. *Journal of Social Psychology*, 87, 75-82.
- Settles, Isis H.; Cortina, Lilia M.; Malley, Janet y Stewart, Abigail J. (2006). The climate for women in academic science: The good, the bad, and the changeable. *Psychology of Women Quarterly*, 30, 47-58.
- Sherif, Carolyn W. (1979). Bias in psychology. En Julia A. Sherman y Evelyn T. Beck, (Eds.). *The prism of sex: Essays in the sociology of knowledge*, (pp. 93-133). Madison, WI: University of Wisconsin Press.
- Sherman, Julia A. y Denmark, Florence L. (Eds.) (1978). *Psychology of women: Future directions of research*. NY: Psychological Dimensions.
- Shields, Stephanie A. (1975a). Functionalism, Darwinism, and the psychology of women: A study in social myth. *American Psychologist*, 30, 739-753.
- Shields, Stephanie A. (1975b). Ms. Pilgrim's progress: The contribution of Leta Stetter Hollingworth to the psychology of women. *American Psychologist*, 30, 852-857.
- Shields, Stephanie A. (Ed.). (2008). Intersectionality of social identities. *Sex Roles*, 59, 301-311.
- Skrypnek, Berna J. y Snyder, Mark (1982). On the self-perpetuating nature of stereotypes about women and men. *Journal of Experimental Social Psychology*, 18, 277-291.
- Smith, Christine A.; Johnston-Robledo, Ingrid; McHugh, Maureen C. y Chrisler, Joan C. (2010). Words matter: The language of gender. En Joan C. Chrisler y Donald M. McCreary (Eds.), *Handbook of gender research in psychology* (vol. 1, pp. 361-377). New York: Springer.
- Steele, Claude M. (1997). A threat in the air: How stereotypes shape intellectual identity and performance. *American Psychologist*, 52, 613-629.
- Stewart, Abigail J. y McDermott, Christa (2004). Gender in psychology. *Annual Review of Psychology*, 55, 519-544.
- Tavris, Carol (1992). *The mismeasure of woman*. NY: Simon & Schuster.
- Tobach, Ethel (1971). Some evolutionary aspects of human gender. *American Journal of Orthopsychiatry*, 41, 710 - 715.
- Torre, M. Elena y Fine, Michelle (2005). Bar none: Extending affirmative action to higher education in prison. *Journal of Social Issues*, 61, 569-594.
- Unger, Rhoda K. (1976). Male is greater than female: The socialization of Status inequality. *The Counseling Psychologist*, 6, 2-9.
- Unger, Rhoda K. (1978). The politics of gender. En Julia Sherman y Florence Denmark (Eds). *Psychology of women: Future directions of research* (pp. 463-517). New York: Psychological Dimensions.
- Unger, Rhoda K. (1979a). *Female and male: Psychological perspectives*. New York: Harper & Row.
- Unger, Rhoda K. (1979b). Toward a redefinition of sex and gender. *American Psychologist*, 34, 1085-1094.
- Unger, Rhoda K. (1982). Advocacy versus scholarship revisited: Issues in the psychology of women. *Psychology of Women Quarterly*, 7, 5-17.
- Unger, Rhoda K. (1983). Through the looking glass: No Wonderland yet! (The reciprocal relationship between methodology and models of reality). *Psychology of Women Quarterly*, 8, 9-32.
- Unger, Rhoda K. (1986). Looking toward the future by looking at the past: Social activism and social history. *Journal of Social Issues*, 42 (1), 215-227.
- Unger, Rhoda K. (1992). Will the real sex difference please stand up? *Feminism and psychology*, 2, 231-238.
- Unger, Rhoda K. (1998). *Resisting gender: Twenty five years of feminist psychology*. London: Sage.
- Unger, Rhoda K. (2004). What's in a name? Does the psychology of gender resolve conceptual confusion? *PsycCritiques*, 50(14), April 6, 2005, Article 16.
- Unger, Rhoda K. (2005). The limits of demographic categories and the Politics of the 2004 presidential election. *Analyses of Social Issues and Public Policy*, 5, 153-163.
- Unger, Rhoda K. (2010). Leave no text behind: Teaching the psychology of women during the emergence of second wave feminism. *Sex Roles*, 62, 53-58.

- Unger, Rhoda K. y Crawford, Mary (1992). *Women and gender: A feminist psychology*. NY: McGraw Hill.
- Unger, Rhoda K. y Crawford, Mary (1993). Sex and gender: The troubled relationship between terms and concepts. *Psychological Sciences*, 4, 122-124.
- Unger, Rhoda K. y Denmark, Florence L. (1975). *Woman: Dependent or independent variable?*. New York: Psychological Dimensions.
- Unger, Rhoda K.; Draper, Richard D. y Pendergrass, Michael L. (1986). Personal epistemology and personal experience. *Journal of Social Issues*, 42, 67-79.
- Unger, Rhoda K.; Gareis, Karen C. y Locher, Paul J. (2007). Positivism and patriotic militancy: The influence of covert ideologies on students' reactions to September 11, 2001. *Peace and Conflict*, 13, 201-220.
- Unger, Rhoda K.; Raymond, Beth J. y Levine, S. (1974). Are women discriminated against? Sometimes!. *International Journal of Group Tensions*, 4, 71-81.
- Wallston, Barbara S. (1981). What are the questions in the psychology of women? A feminist approach to research. *Psychology of Women Quarterly*, 5, 597-617.
- Weisstein, Naomi (1968). *Kinder, Kuche, Kirche as scientific law: Psychology constructs the female*. Boston, MA: New England Free Press.
- West, Candace y Zimmerman, Don H. (1987). Doing gender. *Gender & Society*, 1, 125-151.
- Zucker, Alyssa N. (2004). Disavowing social identities: What it means when women say, "I'm not a feminist, but...". *Psychology of Women Quarterly*, 28, 423-435.
- Zurbriggen, Eileen L. (2005). Lies in a time of threat: Betrayal blindness and the 2004 U.S. presidential election. *Analyses of Social Issues and Public Policy (ASAP)*, 5, 189-196.



RHODA UNGER

Investigadora residente del Centro de Investigación de Estudios de las Mujeres en la Universidad de Brandeis y profesora emérita de Psicología en la Universidad Estatal de Montclair. Se doctoró en psicología experimental por la Universidad de Harvard en 1966, pero pronto se convirtió en una de las académicas pioneras de la psicología de las mujeres y de género. Ha escrito y/o editado nueve libros en esta área y ha publicado 80 artículos profesionales y capítulos de libro. Ha sido presidenta de la Sociedad para la Psicología de las Mujeres y de la Sociedad para el Estudio Psicológico de Temas Sociales (ambas divisiones de la Asociación Americana de Psicología).

DIRECCIÓN DE CONTACTO

unger@brandeis.edu

FORMATO DE CITACIÓN

Unger, Rhoda (2010). Lo que buscamos es lo que encontramos. *Quaderns de Psicologia*, 12 (2), 21-33. Extraído el [día] de [mes] del [año], de <http://www.quadernsdepsicologia.cat/article/view/773>

HISTORIA EDITORIAL

Recibido: 15/06/2010

Aceptado 17/09/2010